

Debates teóricos

Los artículos que componen esta sección centran su reflexión en torno a las características y desafíos futuros de los movimientos de resistencia global a la mundialización.

La vitalidad y la recurrencia de las protestas contra la mundialización que, como ya hemos señalado, se han profundizado a lo largo del año 2000, ha puesto en escena el surgimiento de un “movimiento antimundialización”. En torno al mismo se plantean diferentes debates, entre ellos el que refiere a la naturaleza y a la efectividad de este movimiento y el que remite a los rumbos que el mismo debe adoptar en el futuro.

Los artículos que presentamos en esta sección abordan en cierta medida estos interrogantes, haciendo particular referencia a la relación existente entre la lucha contra el neoliberalismo y la lucha anticapitalista; la necesidad de avanzar en el cuestionamiento de las relaciones de propiedad, así como la validez teórica y la utilidad política del concepto de “sociedad civil global”, entre otros.

El artículo de José María Gómez centra su atención en la capacidad del movimiento antimundialización en desafiar la gobernancia neoliberal de la “troika” económica compuesta por el FMI, el Banco Mundial y la OMC. Es en respuesta a ésta y a los cambios estructurales del capitalismo contemporáneo (reestructuración económica regresiva y surgimiento de nuevos centros de autoridad más allá de los Estados nacionales) que Gómez sitúa el surgimiento de lo que ha dado en llamarse la “sociedad civil global”. Sin embargo, el autor alerta contra el uso indiscriminado de tal concepto en la medida en que muchos autores parecieran realizar una extrapolación teórica del mismo llevándolo del ámbito doméstico a un espacio más amplio donde, según Gómez, no existe algo equivalente a un Estado o “comunidad política global”. Frente a la recurrente “reificación” teórica que se hace de este concepto, presentándolo como algo homogéneo, el autor propone pensar a la “sociedad civil global” no como un proyecto normativo sino como una arena de conflicto, un espacio de disputa. Es en ese sentido que el autor subraya la utilidad que puede tener tal concepto en la interpretación de la dinámica conflictiva de la globalización y en la comprensión del carácter democratizante del activismo internacional.

En el siguiente texto los autores franceses François Chesnais, Claude Serfati y Charles-André Udry comienzan su reflexión subrayando la importancia que tiene la campaña por la implementación de la Tasa Tobin promovida por la organización ATTAC en la lucha contra el neoliberalismo a escala internacional. Sin embargo, resaltan la dificultad que existe hoy en llevar adelante otro tipo de campañas en torno a temáticas cuya explicación y comprensión es más ardua en términos de legitimidad. Los tres autores señalan la importancia que tiene, para el futuro del movimiento antimundialización, el combate regular por la construcción de un “espacio público alternativo” que repose en formas de propiedad social diferenciadas de las traumáticas experiencias de la propiedad estatal tradicional y/o de colectivización forzada. Los autores insisten en la importancia capital que tiene para el movimiento reapropiarse de la discusión sobre la propiedad de los medios de producción, comunicación e intercambio que hoy parece estar ausente. El combate contra el Acuerdo General sobre el comercio de servicios (AGCS) promovido por la OMC es también esencial en la medida en que éste promueve y difunde la creciente concentración. La apropiación social redundará en un “debilitamiento” de la mercancía, de la ley del valor y del asalariado que permitirían, según la visión de los autores, avanzar hacia una verdadera transformación de la economía.

¿Desafiando a la gobernancia neoliberal?

Sociedad civil global, activismo transnacional y agencias económicas multilaterales

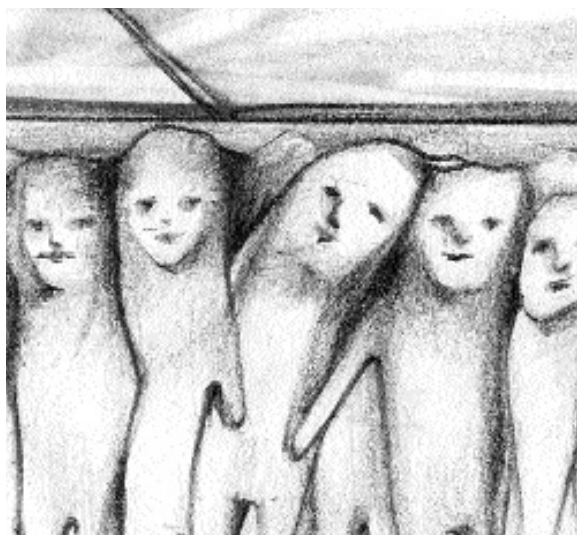
Por José María Gómez*

"...one of the most important lessons of Seattle is that there are now two visions of globalization on offer, one lead by commerce, one by social activism..."

Editorial, **The Economist**, 13/12/1999

S

eatle, Washington, Ginebra, Okinawa, Melbourne, Praga. No se trata de un itinerario promovido por alguna agencia de turismo global sino de las referencias obligatorias de la nueva cartografía que, en los últimos doce meses, se está diseñando en el campo de la política mundial. Palcos de sucesivas movilizaciones transnacionales organizadas por una diversidad de fuerzas sociales y políticas "contra la globalización neoliberal", esas ciudades se entrelazan a otras –Seúl, Marsella, Niza, Dakar, Porto Alegre– que ya están anunciadas en el calendario inmediato de nuevas campañas y jornadas de lucha. Desde luego, tales protestas responden a historias múltiples y son tributarias, en mayor o en menor medida, de un profundo cambio estructural operado en la economía política internacional, así como de una variada gama de iniciativas y acciones cívicas que se desarrollaron a lo largo de la década del noventa, con resultados y dinámicas variables, principalmente en el marco de actuación de diversas instancias multilaterales (OCDE, Banco Mundial, FMI, G7, OMC) y de las grandes conferencias globales auspiciadas por el sistema de las Naciones Unidas. Sin embargo todo indica que una nueva fase parece haberse inaugurado a partir de la llamada "Batalla de Seattle" y del consecuente fracaso de la 'Ronda del Milenio' convocada, hace justo un año, por la OMC. Una fase en la cual las protestas callejeras produjeron el hecho político mayor de obligar al propio *establishment* económico y político mundial a reconocer la necesidad de debatir



"con la sociedad" tanto el rumbo actual de la globalización económica como el rol decisivo que en el mismo desempeñan las principales agencias multilaterales.

Pero basta una mirada un poco más atenta para percibir que el fenómeno suscita preguntas que no son fáciles de responder. ¿Hasta qué punto puede afirmarse que el activismo transnacional es algo realmente nuevo (piénsese, sin ir más lejos, en el internacionalismo militante del movimiento obrero durante la segunda mitad del siglo XIX y parte del XX)? ¿No estaremos ante acciones colectivas efímeras, capaces de generar un fuerte impacto político en la coyuntura pero que están condenadas a desaparecer a largo plazo, como tantas experiencias del pasado próximo (por ejemplo, las célebres movilizaciones de los años sesenta y setenta contra la Guerra de Vietnam, "mayo del 68", etc.), dejando los asuntos internacionales y globales bajo la decisión exclusiva de los actores fundamentales de las relaciones internacionales –los Estados? ¿O se trata, en cambio, de una presencia permanente que expresa las transformaciones estructurales y las nuevas relaciones de poder mundial, inherentes a un "multilateralismo complejo" bastante distante del tra-

* Profesor e investigador del Instituto de Relações Internacionais da Pontifícia Universidade Católica do Rio de Janeiro (IRI-PUC/Rio). Coordinador del Grupo de Trabajo Relaciones Institucionales de CLACSO.

dicional multilateralismo estadocéntrico? ¿Es la noción de sociedad civil global una herramienta fecunda para el análisis de movimientos sociales y ONGs que se caracterizan por su extrema heterogeneidad y diversificación de intereses y objetivos? ¿Por qué las agencias económicas internacionales se convirtieron en el blanco privilegiado de la contestación? En fin, ¿es el sentido político del nuevo activismo transnacional una manifestación inequívoca de crecimiento de la conciencia democrática, con implicaciones directas en la ascensión de una arquitectura alternativa de gobernancia en la política mundial? ¿O responde más bien a procesos de afirmación de identidades e intereses políticos particulares que, con no pocos componentes antiglobalizadores, se orientan con frecuencia hacia los propios ámbitos domésticos y producen resultados que pueden hasta reforzar prácticas no democráticas y estructuras de desigualdad de la política económica global que dicen combatir?

■ Cuestionando la gobernancia global

El siglo XX se cierra bajo el signo de la oposición creciente al accionar de las instituciones económicas multilaterales, especialmente del FMI, del Banco Mundial y de la OMC. Sucede que después de más de una década de incuestionable hegemonía en la política económica global emergente, se ha acumulado una enorme evidencia empírica de los impactos y las consecuencias sociales negativas (en términos de lo que podría denominarse la nueva “era de oro” de la desigualdad en y entre países, de clase, género y raza, de degradación del medio ambiente, etc.) que afecta la vida cotidiana de millones de personas en el mundo, derivadas de las políticas neoliberales implementadas e inducidas por dichas instituciones. No sorprende por lo tanto que a partir de la percepción de esos indicadores —y de las contradicciones crecientes tanto entre lo económico y lo social como entre el gran capital transnacionalizado y la democracia política— se asista a la movilización de diversos sectores de la sociedad, en distintos lugares del mundo, con vistas a influir en la estructura organizacional y en las políticas de tales agencias, exigiéndoles mayor transparencia decisoria, participación y responsabilidad. En otras palabras, no cabe duda de que las oposiciones y las resistencias de las “víctimas” y los descontentos de la globalización, por más minoritario que sea su activismo, ya hacen parte constitutiva del propio fenómeno de la globalización. Con ello se afirma, por un lado, la necesidad de definir la globalización como conjunto de procesos que, lejos de identificarse *tout court* con la forma neoliberal dominante o con una mera intensificación de la internacionalización de la economía, encarnan la transformación de la organización espacial de las relaciones sociales, generando flujos y redes transcontinentales o interregionales de actividad, interacción y ejercicio de poder) (Held et alii, 1999). Por el otro, se revela que el en-

frentamiento actual entre las poderosas agencias internacionales mencionadas y una constelación de fuerzas sociales que operan en y a través de numerosos países, pone directamente en cuestión la gobernancia global neoliberal, aunque el conflicto se limite a la forma y al contenido de las políticas implementadas por las primeras.

Según algunos intérpretes, esta interacción conflictiva tiene un enorme potencial de cambio del orden mundial vigente en términos de un “nuevo multilateralismo” capaz de reconstituir las sociedades civiles y las autoridades políticas en escala global, en un sistema de gobernancia “de abajo hacia arriba” y de organización poshegemónica con relación al capital, a los Estados centrales, al patriarcalismo y demás estructuras de poder dominante (Cox, 1999). Pero, de hecho, lo que ella expresa en la actualidad, es la existencia de una forma híbrida de multilateralismo que abarca no sólo los tradicionales actores estatales —que continúan desempeñando un papel clave en el proceso de toma de decisión de las instituciones internacionales— sino también las grandes corporaciones internacionales —con gravitación estructural y un rol cada vez más privilegiado— y, últimamente, los llamados movimientos sociales globales, organizaciones no gubernamentales internacionales y redes de grupos de acción cívica. En suma, estamos ante la presencia de un “multilateralismo complejo” que se caracteriza por variadas transformaciones institucionales en respuesta a la presión de los actores sociales, por intereses y objetivos conflictivos entre sus principales participantes, por resultados ambiguos y limitados sobre las agencias económicas y los movimientos sociales, por impactos múltiples y diferenciados sobre el rol de los Estados según el lugar de poder que ocupan en la jerarquía del sistema internacional, y, finalmente, por la ampliación de la agenda política incorporando cuestiones sociales (O’Brien, Goetz, Scholte y Williams, 2000).

■ Los cambios estructurales favorables

En realidad, la interacción conflictiva entre agencias económicas internacionales y el activismo transnacional se inscribe en un contexto histórico favorable abierto por los cambios estructurales operados en la economía política global emergente, cambios éstos íntimamente vinculados a la reorganización supraterritorial del proceso productivo, de las finanzas y del poder que define al capitalismo global contemporáneo. Entre ellos, cabe destacar:

- 1) La intensa, extensa y simultánea liberalización de la economía mundial, bajo impulso de una eficaz “política de la globalización” neoliberal. En ese sentido, los planes de ajuste estructural, los proyectos de desarrollo y el creciente “constitucionalismo disciplinador” de liberalización del comercio mundial, promovidos, respectiva-

mente, por el FMI, el Banco Mundial y la OMC, han sido —y continúan siendo— los vectores fundamentales de esa política; en contrapartida, pueblos de distintas regiones del mundo —países de la OCDE, en desarrollo y ex-comunistas—, y en especial los sectores sociales más vulnerables a la globalización económica (ya sea porque se insertan precariamente, o bien porque de ella están excluidos), pasaron a experimentar “*as dores e as delícias*” de las fuerzas del mercado “desregulado”.

2) La evolución de la tecnología de información y comunicación y sus dos efectos de facilitación más visibles: por un lado, la extrema movilidad y desterritorialización del capital financiero y productivo; y por el otro, la acción a distancia en red de grupos y movimientos de la sociedad civil, a partir de preocupaciones e identidades comunes, con implicaciones directas sobre la movilización política.

3) La configuración de nuevos centros de autoridad y regulación más allá de los Estados nacionales. Como se sabe, algunos provienen directamente del sector privado (como lo ilustra de manera dramática para los países “emergentes”, las firmas consultoras de evaluación de riesgos); otros, resultan de la acción cooperativa interestatal o intersubestatal, bajo las formas de macroregionalismo (Unión Europea, NAFTA, Mercosur, etc.) o microregionalismo (entre ciudades o polos de varios Estados). Es a las propias agencias económicas multilaterales que les cabe, sin embargo, un rol crucial y creciente en la elaboración y fiscalización de las directrices de economía política que deben seguir la absoluta mayoría de los Estados. De todos modos, parece claro que la dispersión de centros de autoridad a niveles subnacional, nacional, regional y global, estimula a los ciudadanos de diferentes países a ejercer influencia sobre los centros más distantes, sea en forma directa (cuando se crean canales o para crearlos), sea indirectamente a través de compromisos más activos exigidos a sus autoridades más cercanas.

4) La inestabilidad financiera global, sobre todo después de las recientes crisis del Este Asiático, de Rusia y del Brasil, las cuales (en especial la primera) desencadenaron poderosas críticas a la ortodoxia económica que preside las políticas de las agencias multilaterales, tornando a su vez estas últimas más vulnerables a las protestas y presiones provenientes de la sociedad civil.

5) El cambio en el clima ideológico entre las élites nacionales, internacionales y globales en los países centrales, con relación a los elevados costos sociales y a la fragilidad política de la globalización neoliberal. Las victorias electorales de la “Tercera Vía” europea y los

discursos recurrentes de “*mea culpa*” sobre los excesos del mercado de los máximos dirigentes del FMI, Banco Mundial y OMC (para no mencionar, entre otros notables, las severas advertencias sobre los peligros del “capitalismo casino” emitidas por Soros, K. Annan y Stiglitz), son indicadores de un nuevo clima en el que se exhortan formas más atenuadas de liberalismo, la necesidad de políticas públicas más intervencionistas (que, por supuesto, no significan el retorno del keynesianismo) y la receptividad mayor de las cuestiones sociales levantados por diversos grupos y movimientos sociales (en particular, ambientalistas, feministas y sindicalistas), aunque ello no implique que sus demandas sean contempladas.

■ El fortalecimiento de la “troika” económica multilateral y la ascensión de la sociedad civil global

Como respuesta (y expresión) a los cambios de la política económica global, la “troika” FMI-Banco Mundial-OMC ha conocido, desde la década del ochenta, progresivas modificaciones tendientes a reforzar su papel de creación de reglas y supervisión de decisiones fundamentales para la gobernanza neoliberal, en contraste con la pérdida de importancia de otras instituciones internacionales (OIT y UNCTAD, por ejemplo). Basta recordar, en ese sentido, la centralidad del FMI —en estrecha coordinación con el Banco Mundial— tanto a propósito de la reestructuración del capitalismo periférico post-crisis de la deuda externa del Tercer Mundo como, ya en los noventa, en relación a las crisis sucesivas del sistema financiero mundial. Asimismo la OMC, al reemplazar al GATT, asumió, bajo la fuerte presión norteamericana, el mandato de extender las reglas de liberalización del comercio mundial a nuevas áreas de actividad económica y social (agricultura, servicios, inversiones, protección del derecho de propiedad intelectual, etc.).

Paralelamente se ha asistido a lo que con no poca exageración se denominó la “revolución asociativa global”: el aumento notable de una constelación de actores y actividades que operan a través y más allá de las fronteras territoriales, orientados por objetivos con frecuencia reñidos con la organización del orden vigente (un cierto papel “antisistema”) y cuya fuente de poder descansa en la capacidad de movilización popular como modo de ejercer influencia sobre los detentores del poder político y económico (O’Brien, Goetz, Scholte y Williams, 2000). En la búsqueda de transformación del espacio social y político, esas fuerzas sociales actúan tanto en el ámbito global como en el local, nacional e internacional, invocando a menudo la pertenencia a una emergente sociedad civil global. De hecho el término sólo surge en los años noventa, en el contexto de la Posgue-

rra Fría, a partir del “renacimiento” de la idea de sociedad civil (de larga y sinuosa historia en el pensamiento político moderno) y, sobre todo, del debate más amplio acerca de la naturaleza, periodización, causas e impactos de la globalización (Gómez, 2000). Específicamente, la noción de sociedad civil global se introduce de la mano de ciertas concepciones que discuten las posibilidades de civilizar y democratizar la globalización en el marco de las profundas transformaciones de un mundo en transición (post-Westfalia), donde las fronteras territoriales se vuelven crecientemente porosas, las soberanías se debilitan y las identidades y prácticas sociopolíticas se desconectan de las bases estatales. Desde el punto de vista teórico, una de sus dos vertientes principales apuesta a la prolongación de la promesa liberal-republicana de expansión de los derechos humanos y de la responsabilidad democrática vinculada al emergente proceso de gobernancia de la política mundial, bajo la forma de la construcción de una ciudadanía global (Held, 1995). La otra —no necesariamente incompatible con la anterior—, afirma que una genuina conciencia democrática sólo puede desarrollarse a través del fortalecimiento del poder de los pueblos, clases y sectores subalternos, en cuanto fuerzas sociales distintas del Estado y del capital, cuyo potencial de actividades emancipatorias y de movimiento contrahegemónico pasa por la resistencia abierta al ordenamiento hegemónico del espacio social global; un ordenamiento que es fruto de un complejo núcleo de relaciones de poder hacia el cual convergen la doctrina económica neoliberal, el capital transnacional, los Estados centrales y las instituciones internacionales de apoyo financiero, desarrollo y seguridad (Cox, 1999).

■ De potencialidades, límites y cautelas

De todos modos, los esfuerzos de conceptualización a partir de las matrices teóricas más influyentes (en la que prevalecen lecturas inspiradas en Tocqueville, Gramsci y, últimamente, Habermas), no eliminan el cambio cualitativo que supone usar la categoría de sociedad civil —por definición relacional— fuera del ámbito doméstico, en el cual no existe algo equivalente a un Estado global o una comunidad política global, ni son fáciles de superar problemas analíticos (y mucho menos políticos) ante una diversidad aún mayor de identidades, formas organizacionales, nivel de recursos, intereses, tácticas y objetivos de movimientos sociales, ONGs y grupos de acción cívica que no son de una misma sociedad o región. Piénsese al respecto en el clivaje Norte/Sur y las ambivalencias que puede generar la especificidad del contexto histórico-político del Sur para cualquier acción colectiva de esa naturaleza (ambientalista, feminista, sindical, de desarrollo, etc.) frente, por ejemplo, a las amenazas constantes de cooptación del Estado o de adopción indiscriminada de una agenda propuesta por actores del Norte.

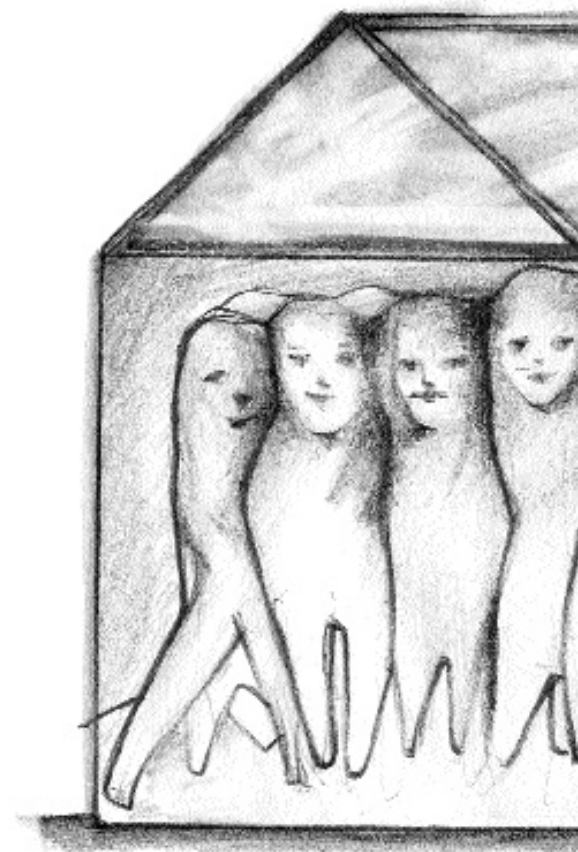
Además, al igual de lo que ocurre con el difundido “nuevo modelo” de sociedad civil para uso doméstico¹, a menudo se transporta al plano de la política mundial una noción de sociedad civil global purificada del contexto económico, político y cultural dominante, convirtiendo así la vida asociativa transnacional que en ella se desarrolla a través de las nuevas tecnologías de comunicación, en expresión y símbolo de agentes autónomos e inequívocos de democracia global.

Ocurre que tal vida asociativa se configura en estrecha imbricación con el sistema interestatal y el capitalismo transnacional y en una densa trama de superposiciones e incursiones permanentes que forman parte de sus condiciones de existencia. Por otro lado, si se privilegia el punto de vista de la transformación del orden social, también forman igualmente parte de la sociedad civil conformistas, reformistas y radicales, incluyéndose entre éstos últimos “anarquistas, ambientalistas, fascistas, feministas, pacifistas y religiosos fundamentalistas, con sus respectivas oposiciones implacables al Estado, al industrialismo, a los valores liberales, al patriarcado y a la secularización” (Scholte, 2000:177). Pretender construir un proyecto político de extensión y profundización de la democracia a partir del presupuesto de la fuerza y virtudes inmanentes de la vida asociativa activa en la sociedad civil, es, entonces, una peligrosa ilusión cargada de antinomias e impasses prácticos. De hecho, la sociedad civil constituye una fuente ambigua de activismo democrático, puesto que la vida asociativa frecuentemente se organiza y funciona sobre bases antidemocráticas (autoritarismo, intransparencia, irresponsabilidad, etc.), y en su propio seno se manifiestan tanto las desigualdades estructurales de regiones, clase, raza, etnia y género, como las expresiones culturales de intolerancia, discriminación, despolitización y pasividad que atraviesan al conjunto de la sociedad. En otras palabras, identidades, movimientos, proyectos y conflictos que en ella crecen, pueden debilitar o enriquecer los procesos de democratización, fomentar civilidad o incivilidad, desarrollar sentimientos políticos o antipolíticos (Pasha y Blaney, 1998). Por eso la discusión sobre la democracia bajo las condiciones actuales de globalización requiere precisar, caso a caso, en función de los problemas, actividades y contextos, cuáles son las fuerzas sociales transnacionales que conducen o pretenden conducir el proceso sobre el rumbo y el contenido alternativos de ésta última. Lo cual supone, necesariamente, concebir la sociedad civil global no como un proyecto normativo ya realizado sino como una arena de conflictos (o sea, en clave gramsciana, un espacio social atravesado por la dialéctica histórica de combinaciones y relaciones de fuerzas hegemónicas y contrahegemónicas) (Cox, 1999).

A pesar de todas las dificultades apuntadas, la noción de sociedad civil global puede ser una herramienta de análisis de extrema utilidad, que permite aprehender en el cua-

dro actual de la política mundial, aspectos centrales de la dinámica conflictiva y de sus impactos sociopolíticos e institucionales entre las tres principales agencias económicas multilaterales y los nuevos (y algunos no tan nuevos) movimientos sociales globales. Al final de cuentas, es por ahí que hoy pasa el principal desafío a la gobernanza neoliberal, y con él, las posibilidades de construir bases alternativas y alianzas políticas para un proyecto más civilizado y democrático de globalización. Aún cuando los resultados del cambio político global sean parcos, no se puede olvidar la paradoja central de nuestro tiempo: en cuanto las estructuras más concentradas de poder y las cuestiones que más preocupan se enraizan cada vez más en el ámbito global, las instancias de participación, representación y legitimación política continúan fijas a las bases territoriales de los Estados. Entre tanto, a pesar de las enormes limitaciones, déficits e inconsistencias, el activismo transnacional es el único vector social que avanza en ese ámbito con visiones, propuestas y prácticas democratizantes. Por eso, la protesta de Seattle, no obstante las sobre y sub representaciones de todo tipo que en ella se manifestaron (países, clases sociales, género, etnia, raza, etc.), representa un hito fundamental en una larga lucha sobre la naturaleza de la economía política global y su gobernanza.

176



Bibliografía

- Cox, R.W. (1999), "Civil Society at the turn of the millenium prospects for an alternative world order", *Review of International Studies*, 25.
- Held, D., McGrew, A., Goldblatt, D, y Perraton, J. (1999), *Global Transformations*. Stanford, Standford University Press.
- Held, D. (1995), *Democracy and the Global Order*. Cambridge, Polity Press.
- Gómez, J. M. (2000). *Política e democracia em tempos de globalização*. Petrópolis, Editora Vozes.
- Gurza Lavalle, A., (1999), "Crítica ao modelo da nova sociedade civil", *Lua Nova* No.47.
- O'Brien, R, Goetz, A-M, Scholte, J.A. y Williams, M.(2000). *Contesting Global Governance. Multilateral Economic Institutions and Global Social Movements*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Pasha, M.K. y Blaney, D.L. (1998), "Elusive Paradise; The Promise and Peril of Global Civil Society", *Alternatives* Vol. 23, n.4.
- Scholte, J.A. (2000), "Global Civil Society", in *The Political Economy of Globalization*, ed. N. Woods. Basingstoke, Macmillan.

Notas

- ¹ De manera ultraesquemática, podría decirse que tal modelo define a la sociedad civil a través de una doble dicotomía negativa con relación al Estado y al mercado, que le permite, simultáneamente, constituirse en dominio autónomo y distinto de las esferas político-estatal y económico; en polo normativo positivo donde se cultivan virtudes sociales y políticas immanentes de civilidad; y en fuerza primordial que disemina y sustenta la democracia en los espacios social y político (Gurza Lavalle, 1999).

El futuro del movimiento “antimundialización”

Primeras reflexiones para una consolidación de sus fundamentos teóricos*

Por François Chesnais, Claude Serfati y Charles-André Udry

■ Introducción

“¿Tiene futuro el movimiento antimundialización?”

Este era el titular de tapa de una revista publicada en Francia en el mes de noviembre de 2000. La respuesta a esta pregunta sólo puede ser afirmativa. Dicho movimiento ha obtenido por lo menos dos victorias de fundamental importancia: el retiro del Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI) y el fracaso en Seattle del proyecto de lanzamiento de las Negociaciones del Milenio (el *Millennium Round*). A esto hay que agregar la campaña por la imposición de la tasa Tobin. Esta iniciativa, impulsada desde hace tres años por ATTAC, ha obtenido a esta altura algunos resultados políticos interesantes e instructivos. Merecen que nos detengamos pues un instante en estos aspectos.

Ningún país o gran zona económica y monetaria ha adoptado aún la tasa. Sin embargo la campaña clarificó considerablemente las cuestiones políticas y sociales y también fiscales y redistributivas. Un número creciente de economistas y de hombres políticos, poco proclives a posturas demasiado radicales, reconocen hoy que la tasa Tobin puede implementarse y que aportaría un elemento de estabilización de las finanzas internacionales. Pero para los «grandes tomadores de decisión mundiales» y aquellos que los apoyan, la demostración de viabilidad de la tasa poco importa. Esgrimen dos razones para rechazarla: el hecho que la adopción de la tasa y su implementación aparecerían a la vez como una concesión mayor a un vasto movimiento internacional de base –a un movimiento democrático y social que tiene un apoyo popular– y como un primer paso de un conjunto de medidas tendientes a limitar la libertad de los



inversores financieros. Pero este rechazo sólo refuerza la determinación de aquellos que luchan por la tasa y por un sistema fiscal en sintonía con las características de la mundialización financiera.

Hay otras campañas impulsadas por el «movimiento antimundialización» más difíciles de llevar adelante –al menos desde el punto de vista de la explicación y de la comunicación– ya sea porque se basan en cuestiones menos concretas o bien porque se despliegan en terrenos donde los defensores de la actual mundialización disponen de herramientas de defensa y de contraataque mucho más fuertes. Estas campañas se dificultan por la ausencia de claridad y de coraje político por parte de algunas organizaciones políticas y sindicales que, sin embargo, se «muestran» junto al «movimiento antimundialización». La transformación de los regímenes de jubilación y de ahorro salarial son ejemplos de esto; contra reformas neo-conservadoras que fueron y continúan siendo orquestadas por el Banco Mundial, la OCDE y la Unión Europea.

* Ponencia presentada en el Coloquio Internacional: “Por una construcción ciudadana del mundo. Un año después de Seattle”, París, Francia, 30 de noviembre al 2 de diciembre de 2000.

Traducción realizada por Emilio H. Taddei.

Nuestras reflexiones se centran precisamente en las campañas que, por las razones expuestas, son más complejas de desarrollar que la campaña sobre la tasa Tobin. En muchos casos no queda más remedio que aceptar el terreno del enemigo para llevar adelante la lucha. Pero es preciso tener conciencia que este último dispondrá a menudo de los medios para sacar conclusiones de los fracasos circunstanciales que pudiera padecer y retomar así la ofensiva.

A través de sus acciones las diferentes asociaciones y grupos que componen el «movimiento antimundialización» crearon lo que algunos politólogos han dado en llamar «*espacio público internacional alternativo*». En poco tiempo éste ha despertado grandes expectativas. Estas esperanzas son, a menudo, difusas. La voluntad de «crear otro mundo», opuesto al que se nos propone por los «dueños del mundo», se expresa de forma confusa, incierta; lo cual traduce tanto el impacto del final de una fase histórica del movimiento obrero tradicional (el que nació en los años 1890 y que se debilita en los años 1980), como las derrotas y retrocesos infligidos por el capital a los asalariados, asalariadas y a sus diferentes organizaciones a escala internacional.

Las expectativas son enormes. Nos parece que la única manera de no frustrarlas es la de iniciar un debate sobre las formas de consolidar las bases teóricas de un movimiento y clarificar sus fronteras políticas. Se trata de librar un combate de forma más regular que la que se da hoy, pudiendo cuestionar los postulados y los abordajes del discurso dominante, como así también de clarificar de qué forma «*otro mundo es posible*». De la misma manera se plantea, de forma urgente, la construcción de un espacio social y sindical, para el debate y la acción, que tenga una dimensión europea y mundial.

Pensamos que es en base al corpus teórico legado de los críticos más incisivos del capitalismo (Marx y Engels) —crítica cuyo renovación es indispensable a la luz de la experiencia del siglo XX como de la evolución del capitalismo y del imperialismo contemporáneos— que el «movimiento antimundialización» debe reposar. Es en este sentido que sometemos a discusión las siguientes reflexiones. Las presentamos para lanzar el debate. A medida que otros se asocien al mismo, la formulación de preguntas e intentos de respuestas podrá evolucionar. Nuestras reflexiones se centran casi exclusivamente en las campañas antimundialistas de los países capitalistas avanzados.

■ Avanzar en el cuestionamiento de la «mercantilización»

Fue sumamente importante el hecho de que la campaña política contra la OMC, al igual que las manifestaciones

que tuvieron lugar en Seattle y en tantas otras ciudades en noviembre de 1999, hayan tenido lugar bajo la consigna de «*El mundo no es una mercancía*». Efectivamente, tanto la liberalización y la desregulación de las inversiones y de los intercambios como la resurgencia del fetichismo de la finanza bajo las formas más extremas, condujeron a una profundización del fetichismo inherente a la mercancía. Cuanto más se amplía el espacio geopolítico sobre el cual el capital puede evolucionar libremente para aprovisionarse, producir y vender, más las empresas de diferentes tamaños y sus asalariados son puestos en competencia a distancia (y aún a partir de sitios virtuales) y más «la relación social determinada de los hombres entre ellos (reviste) la forma fantasmagórica de una relación entre cosas» (Marx, Capital, libro I, capítulo I). Durante muchas décadas el movimiento obrero, sobre todo en los viejos países industriales de Europa, Gran Bretaña, Francia, Italia, se contentó con la ilusión de que el fetichismo inherente a la mercancía y al dinero estaban en parte subsumidos por las instituciones sociales y políticas nacidas al calor de la revolución inacabada y canalizada de 1944-45. En el marco de la mundialización del capital, estas ilusiones fueron brutalmente «barridas». Hoy «la relación social de los productores al conjunto del proceso de trabajo» se impone una vez más y con renovada fuerza a los trabajadores bajo la forma de una «relación social externa a ellos, una relación entre objetos».

La consigna «*El mundo no es una mercancía*» tiene pues el gran mérito de posicionar al movimiento político de resistencia a la mundialización frente a fuerzas capitalistas que desean erigir en la medida de sus posibilidades a la economía como una esfera autónoma, situada más allá de la sociedad y sustraída del control de los pueblos en nombre de «la primacía y de la superioridad del mercado». El desafío del movimiento nacido en Seattle es entonces el de crear relaciones de nuevo tipo entre los asalariados y los campesinos de diferentes países. Relaciones que reducirían el anonimato y la exterioridad del intercambio comercial o bien que lo suprimirían de forma tal que la división internacional del trabajo y el comercio mundial puedan transformarse en la expresión de relaciones que los productores que pudieran controlar sus condiciones de existencia y de trabajo (lo que comúnmente se designa como «medios de producción»), podrían establecer libremente entre ellos.

En los Gründrisse de Marx encontramos una perspectiva o anticipación audaz para la época que define exactamente hacia dónde tiende el movimiento «antimundialista» y que éste debería poder realizar: hacer del «mercado mundial» no el espacio «donde las relaciones entre los individuos se estrechan», sino el lugar donde estas se establecen por afuera de ellos y tienen un carácter autónomo; donde, luego de «la maduración de las condiciones de superación de este estado de cosas», se crean «la verdadera comunidad

y universalidad»¹. La relación de los productores directos con sus medios y sus condiciones de trabajo, al igual que las transformaciones que conoce esta relación, es uno de los conceptos centrales del análisis de Marx, ya sea en los *Gründrisse* o en *El Capital*. Es también uno de los conceptos de mayor actualidad cuya «modernidad» aflora ahora en todas las luchas contra la dominación capitalista. Los productores asociados quienes se apropiarían, o a quienes les serían otorgados, los medios políticos y jurídicos para poder controlar sus condiciones de trabajo, verían abrirse ante ellos la posibilidad de decidir los objetivos de la producción, la satisfacción de las necesidades sociales según un orden de prioridades determinado democráticamente. De la misma forma, éstos podrían repartir su trabajo entre el tiempo libre y el tiempo consagrado a la producción y determinar las formas de reducir la distancia que separa el trabajo de concepción del trabajo de ejecución.

tas impenitentes. Basta que nos fijemos como objetivo resolver la cuestión democrática por excelencia: el control por parte de los productores asociados de los medios de trabajo que han sido acumulados gracias a su inteligencia y trabajo para que la cuestión de la propiedad de los medios de producción, de comunicación y de intercambio aparezca de forma insoslayable.

Quizás la cuestión de la propiedad de los medios de producción, de comunicación y de intercambio no se plantearía con el grado de acuidad de hoy si no fuera por la concentración, sin precedentes en la historia del capitalismo, de la propiedad de estos medios en las manos de miembros y/o mandatarios de una clase muy restringida que tiene las características de una clase dominante mundializada imperia- lista enraizada en el capital financiero, tal cual lo había presentado Marx. Esta concentración tiene como consecuencia



■ Relaciones de los productores con sus condiciones de trabajo y relaciones de propiedad

Al partir de la importancia vital de las relaciones de los productores con sus condiciones de trabajo –trabajo concebido también como productor de tiempo, de temporalidad y de espacio (vivienda y transporte)– nos encontramos naturalmente confrontados a la cuestión de la propiedad de los medios de producción, de comunicación y de intercambio (la moneda). La cuestión de la propiedad de estos medios no es la execrable cuestión fetiche que los anti-capitalistas más consecuentes se empeñan en plantear, revelando así su naturaleza de «dinosaurios del pensamiento», de marxis-

la subordinación de todas las decisiones relativas a la utilización de estos medios, a las estrategias de valorización del capital y de organización de su dominación social característica a esta clase; subordinación política y socialmente aún más intolerable en la medida que es el resultado de una «contrarrevolución en frío» que muchos cuadros del movimiento obrero tradicional aceptan con un fatalismo desmoralizador. Es en reacción a este fatalismo que el «movimiento antimundialista» se ha ido forjando.

La acentuación cotidiana de un proceso de centralización y concentración de los medios de producción, de comunicación y de intercambio obliga al movimiento

«antimundialista» a no poder cerrar los ojos o intentar esquivar la cuestión. Si esta crítica se restringiera solamente al nivel del intercambio comercial y de la acción de la OMC y si el movimiento «antimundialista» continuara siendo prisionero de los problemas relativos a la mera organización del mercado, la crítica al fetichismo de la mercancía y a la «mercantilización» tendría estrechos límites.

Tanto los niveles alcanzados por la concentración y la centralización financiera, industrial y comercial y el poder monopolista cristalizado en los grupos industriales de gran envergadura como la gran fuerza institucional que la OMC tiene como resultado de las competencias jurisdiccionales únicas que ha recibido en el Tratado de Marrakech, limitan mucho la acción de un «control ciudadano de la OMC» que se situaría únicamente en el nivel de los intercambios del mercado. Estos parámetros afectan la credibilidad de las campañas realizadas en este plano. La OMC debe ser combatida con la mayor fuerza posible. En lo inmediato el proceso de liberalización, de desregulación y de privatización de los servicios públicos que está siendo organizado por la OMC en el marco del Acuerdo General sobre el comercio de servicios (AGCS) debe ser uno de los primeros objetivos del movimiento «antimundialización». En este plano nos

vemos confrontados a una gravísima extensión de la esfera de la «mercantilización» a servicios vitales –salud y educación en primer lugar– como también a la cultura².

Es preciso combatir el AGCS por todos los medios de movilización y de presión democrática que disponen aún los asalariados y excluidos. Esta lucha también debe darse a través del restablecimiento de los fundamentos políticos y filosóficos de defensa del servicio público y de las formas de propiedad pública que supone. En el caso de la Unión Europea, la campaña contra el AGCS significa el combate político inmediato para que la negociación de estos servicios no estén bajo la disposición del artículo 133 de los Tratados de Maastricht y de Amsterdam que son instrumentos que brindan una total libertad de acción (en este caso de negociación comercial) a los altos funcionarios políticamente irresponsables de la Comisión Europea. La campaña no puede ser llevada adelante únicamente sobre la cuestión de la soberanía, aislada del resto.

En el corazón del pensamiento neoliberal encontramos la glorificación, llevada hasta sus últimas consecuencias, del «individualismo propietario», el individualismo centrado sobre la propiedad privada. Pensamos que hoy es imposible para los ciudadanos –los asalariados, los desocupados, los jóvenes– combatir la mundialización y oponer otro proyecto societal sin que el «movimiento antimundialización» no vuelva a re-abordar y someter a discusión la cuestión de la propiedad.

■ Las formas de propiedad: ¿cuestión legítima para el capital, tabú para el mundo del trabajo?

El ejercicio de un control social, colectivo, «ciudadano» sobre las condiciones de los intercambios comerciales entre los pueblos, así como sobre la organización del trabajo y la satisfacción de las necesidades sociales urgentes, supone que dejemos de considerar la cuestión de las formas de propiedad de los medios de producción, de comunicación y de intercambio como una cuestión tabú; una cuestión que el derrumbe y la crisis de la propiedad estatal, colectivizada de manera burocrática o stalinizada, habrían resuelto de una vez y para siempre, en contra del combate por la emancipación social y en contra del movimiento obrero. La cuestión no debe ser considerada como tabú. Si el movimiento «antimundialización» no quiere decepcionar a todos aquellos para quienes Seattle fue un hecho importante, sería necesario que sus militantes aborden teórica y políticamente la cuestión de la propiedad.

La cuestión de las formas de propiedad es central en la estrategia del capital por apropiarse de los fondos de pensión y de los activos financieros. Uno de los mayores desa-



fíos es el establecimiento de nuevas formas, cada vez más «pesadas», de dominación de las finanzas sobre los asalariados. Desde hace diez años asistimos, en el seno de la propia esfera del capital, a una completa transformación en la definición misma de la propiedad, de los «derechos» que le son inherentes (los de un accionariado que se transformó en todopoderoso) y de las expectativas en términos de rentabilidad y de participación en la propiedad que los accionistas podrían tener «legítimamente». Aquí la contrarrevolución conservadora encuentra sustento en esta institución tan particular del capitalismo que es el mercado secundario de títulos. Esta institución garantiza a los accionistas, más allá de las graves crisis financieras, la «liquidez» de sus acciones, la posibilidad de deshacerse a voluntad de esta fracción de su propiedad que tomó la forma de partes de tal o cual empresa. En la medida en que la propiedad de los títulos se hizo líquida, para los accionistas el capital físico y sobre todo los asalariados deben tener la misma «liquidez», la misma flexibilidad, con la posibilidad de ser descartados. Se entiende así que estos mercados se hayan transformado en el terreno de batalla entre poderosas coaliciones del capital financiero, la clave de la centralización y de la concentración acelerada de las empresas y, por supuesto, uno de los principales instrumentos de las privatizaciones.

La cuestión de la propiedad debe dejar de ser tabú y el movimiento «antimundialización» y el movimiento obrero deben apropiarse de la misma. Es precisamente para lanzar este debate entre nuestra filas que presentamos las siguientes y breves reflexiones. La propiedad social, de la cual la propiedad pública y el sector público son una modalidad, tiene dos fundamentos: el carácter social de la producción y del intercambio y cierta idea del bien común y del interés general que trasciende el individualismo y la estrecha defensa de los intereses particulares que la glorificación de la propiedad privada hizo florecer.

En lo relativo al primer aspecto, el carácter social de la producción y el intercambio funda la necesidad de formas de propiedad capaces de expresar de la manera más adecuada posible este carácter social. Estas formas deben dar solución a las cuestiones de la distribución de la riqueza pero también al objeto de la actividad. La propiedad social es una impostura si no está acompañada de verdaderas formas de gestión y de control colectivo y democrático. Es en este punto que se situó la vulnerabilidad de las empresas e instituciones del sector público en los países europeos, mucho antes que sus dirigentes, que a menudo contaron con el apoyo de sindicatos, se consagraran a una política perversa que consistió en defender el servicio público en sus países al mismo tiempo que emprendían una política externa de mundialización capitalista clásica de sus empresas, a través de la compra y reestructuración de las empresas públicas que se privatizaban en otros países.

Una perspectiva de transformación –y no sólo de administración de la economía, aún aquellas que se caracterizaron por importantes nacionalizaciones– implica no reducir el capitalismo a una división entre los que dirigen y los que ejecutan. Dicho de otra manera: la cuestión del socialismo a venir no puede ser abordada sólo desde el punto de vista de la gestión, aún de una gestión autogestionaria, sino que debe ser abordada a partir de la posibilidad del «debilitamiento» de la mercancía, de la ley del valor y del asalariado. Esta constituye la respuesta a la puesta en competencia generalizada de todos los elementos del capital (del capital variable, es decir de los asalariados y de los sin trabajo) que impregna el conjunto de la sociedad.

Este abordaje en término del «debilitamiento» de la mercancía y de la ley del valor es también el horizonte que debe guiar la búsqueda de respuestas para romper con las modalidades de configuración y de uso de las fuerzas productivas por parte del capital. Modalidades que conducen al agotamiento de los recursos energéticos, es decir una de las cuestiones que está en el centro de las preocupaciones de una perspectiva ecologista y socialista.

Sólo a través de la vinculación entre la gestión democrática de la apropiación social y el «debilitamiento» de la mercancía, de la ley del valor y del asalariado será posible una verdadera transformación de la economía y no sólo una nueva administración avanzada implementada por un capitalismo renovado. Esta última alternativa es presentada a menudo y con buena fe por los críticos del social-liberalismo como un horizonte realista para un socialismo democrático.

■ El combate contra la desocupación de masas y sus consecuencias

Encontrar soluciones a la desocupación de masas y al conjunto de males políticos y sociales que resultan del proceso de desocialización que esta reproduce de forma permanente, es uno de los objetivos centrales de muchas asociaciones y grupos del movimiento «antimundialización». El origen del desempleo de masas contemporáneo se encuentra en la liberalización, la desregulación y la privatización características de la fase actual de la mundialización del capital, como así también en la creciente concentración de esta propiedad y en la sumisión de la actividad productiva a imperativos cada vez más estrechos de valorización extrema. Allí donde no hay desocupación de masas, encontramos los «pobres en el trabajo» y los innumerables mecanismos de explotación de un trabajo «flexible» y disponible en todo momento, del cual las mujeres son las víctimas más visibles.

Pero sobre este asunto también el movimiento «antimundialización» debe consolidar las bases teóricas de la cuestión. Una de las razones por las cuales las dos leyes sobre las 35 horas fueron implementadas en Francia sin ningún tipo de control por parte de los asalariados sobre sus medios de producción y de trabajo, sin que pueda ser ejercido ningún tipo de control por parte de los mismos a nivel de la gestión de los grupos, privados o públicos y en vías de privatización; fue precisamente porque este control era presentado como un atentado contra las prerrogativas de los dirigentes y de los actuales (y futuros) accionistas.

La existencia de un «mercado de trabajo» (que de hecho es segmentado y múltiple); es decir un espacio social organizado donde se realiza la venta (o la tentativa de venta) de fuerza de trabajo (con su contenido de inteligencia, de astucia y de fuerza física) por parte de aquellos para quienes ésta representa la única riqueza disponible, es la «institución social» más importante y decisiva del capitalismo.

En el corto plazo las soluciones al desempleo y a la «exclusión», de la cual el primero es portador, se encuentran en la reapropiación de un verdadero sector de propiedad social. Pero el neoliberalismo no podrá ser combatido de forma efectiva sino se profundiza la crítica social y si el «movimiento antimundialización» no se proyecta verdaderamente en el futuro, vinculando la crítica de las finalidades actuales de la tecnología a la crítica del capitalismo.

Decir que uno se fija como objetivo devolver a los productores el control de sus condiciones de trabajo, afirmar el carácter social de la producción en las diversas formas sociales que deben ser impuestas a la propiedad de los medios de producción, combatir por la reconstitución y/o extensión del servicio público; es dar un primer paso hacia un cambio de perspectiva en la forma en que se aborda la cuestión del empleo y la desocupación. Pero hay que dar un paso más. Hay que poder demostrar que el papel de dominación social y político de la minoría sobre la mayoría que está ligado a la venta y a la no-venta de la fuerza de trabajo (es decir al desempleo y al fantasma permanente del mismo), ha aumentado como consecuencia de la polarización de las riquezas; pero que esto también ocurre en un momento en el cual la tecnología permitiría dar un salto colosal en la liberación por parte de los hombres del trabajo. Es necesario que el «movimiento antimundialización» pueda hacer suya la idea enunciada por Marx cuando dice que «el reino de la libertad comienza solamente allí donde se deja de trabajar en función de una necesidad impuesta desde el exterior; este se sitúa entonces más allá de la esfera de la producción material propiamente dicha»³. No es ésta una postura que los marxistas deben limitar a sus discusiones internas, sino que deben aportarlas al conjunto del «movimiento antimundialización».

■ El capital financiero, la propiedad privada y las perspectivas de «desarrollo sustentable»

El *impasse* en el que se encuentra el modo de desarrollo dominado por el capital financiero se manifiesta también en su comportamiento predador de la naturaleza. Las poblaciones se encuentran amenazadas por las agresiones contra sus condiciones de existencia, que han sido denunciadas por los movimientos ambientalistas que permitieron tomar conciencia exacta de los peligros que padecen hoy la humanidad y la naturaleza. Este no es por cierto un fenómeno nuevo. Los procesos de producción y las modalidades de consumo impuestas por el capital siempre han despreciado el costo real de las destrucciones del medio ambiente (al igual que los costos sociales de la misma).

El «agotamiento de la naturaleza» ha alcanzado desde hace tres décadas una dimensión que no puede ocultarse. El proceso de producción en sintonía con las relaciones de producción y de propiedad capitalistas (que las burocracias de los países con propiedad estatal adoptaron en toda la línea) implica una combinación específica de maquinismo con las exigencias de rentabilización del capital, y por lo tanto de su rotación, que tienen un enorme impacto sobre las modalidades de la depredación energética. La «cultura del auto» y la prioridad otorgada al transporte de ruta, que reposan en la exacerbación del «individualismo propietario» y en la búsqueda de la máxima flexibilidad, actuaron en el mismo sentido cada vez con mayor ímpetu. Luego de haber intentado durante mucho tiempo negar la amplitud de los destrozos, los grupos multinacionales han adoptado una nueva actitud. Sus lobbystas y juristas han invadido las instancias de negociación internacional para obtener una drástica reducción de las normas anti-polución.

De esta forma el «agotamiento de la naturaleza» se ha transformado en una esfera de inversión rentable para el capital. La creación de mercados de «derechos de polución» es un nuevo aspecto del programa del capital financiero. Esto va a permitir a los países desarrollados, que son los principales responsables de la emisión de CO₂, continuar poluyendo. El capital extiende las normas de evaluación financiera a la naturaleza y pronto lo hará a la educación (la generalización de la expresión «capital humano» sirve desde hace tiempo para preparar los espíritus a la privatización de sectores educativos que aún funcionan como un servicio público). ¿Quién puede escapar el hecho que el día de mañana estos mercados de «derechos de polución» serán integrados a los mercados financieros globalizados y que la naturaleza se transformará en un producto derivado que figurará en los portafolios de los inversores institucionales? Lo mismo sucede con el agua.

Como lo había explicado Rosa Luxemburgo, «la acumulación, la existencia y el desarrollo del capitalismo



...[son] imposibles sin una expansión constante en el ámbito de la producción y de los nuevos países». De esta forma mostraba que la producción de armas se había transformado en una esfera de acumulación para el capital, al mismo tiempo que un medio político para los países de la metrópoli de imponer su modo de producción en todo el planeta. Ha transcurrido un siglo desde que estos análisis fueran formulados; un siglo que vio a las grandes potencias enfrentarse en dos grandes conflictos mundiales por la conquista y la supremacía militar y económica. Hoy el modo de desarrollo dominado por el capital financiero, incapaz de satisfacer las necesidades básicas de la mayor parte de la población del planeta, busca un nuevo impulso a través de la apropiación privada de actividades que escapaban a la mercantilización (educación, naturaleza). Sin que el militarismo haya disminuido, como atestigua el nuevo ciclo de aumento de los gastos militares iniciado en 1999 en Estados Unidos (36% de los gastos militares mundiales) y en los países que conforman la OTAN (66% de los gastos militares mundiales), el «brazo armado» que necesita el «nuevo desorden mundial».

■ No menguar en el combate contra las leyes que refuerzan el poder financiero

Muchos de los que se han sumado al «movimiento antimundialización» lo han hecho en base al combate por la implementación de la tasa Tobin. De esta forma han expresado su oposición al poder ganado por las finanzas, el rechazo a las formas contemporáneas del capital financiero y de sus aspectos rentísticos, parasitarios y predadores. Pero los miembros de ATTAC no son los únicos en el seno del «movimiento antimundialización» que consideran que es el momento de poner límites al control total que el capital financiero ejerce sobre las empresas por intermedio del control de los fondos de pensión, de las compañías de seguro y de los bancos internacionales y, por lo tanto, sobre las condiciones de creación de valor y sobre su modo de distribución. El gobierno empresario, basado en el objetivo de una creciente rentabilidad y valor para el accionista, domina hoy en la gestión de todos los grupos multinacionales que ejercen un control total sobre la creación de riquezas a escala mundial. La gestión y el control por parte del capital financiero, integralmente sostenido por las políticas neoliberales de los gobiernos conservadores y de los defensores de la «Tercera Vía», amenaza las condiciones de existencia de los asalariados y condena a la miseria a los pueblos de las regiones y países que no son considerados suficientemente rentables para el capital.

183

Los mercados financieros, de donde obtienen una inmensa parte de su poder social los inversores institucionales y los capitalistas financieros, necesitan para funcionar de un aporte regular de nuevos fondos líquidos. Estos son fondos parasitarios que nunca son dirigidos a inversiones verdaderas, sino en títulos de propiedad que compran y venden en función de los movimientos especulativos y de la evolución de la coyuntura. Todo lo que contribuye a alimentar los mercados consolida el poder de la finanza parasitaria y rentística. El principal aporte de ATTAC al «movimiento antimundialización» entendido como un todo es precisamente la comprensión de este fenómeno. No podemos entonces dejar de señalar y cuestionar la poca voluntad con que algunas de las organizaciones que dicen adscribir al «movimiento antimundialización» combaten contra las leyes del «ahorro salarial» (y en algunos casos saludan los aspectos positivos del mismo).

Podemos hoy considerar que el asalariado-accionista representa un elemento constitutivo de la utopía neoliberal, aquella que nos describe un mundo virtual en el cual todos los individuos serían poseedores de un capital humano y de derechos de propiedad que intentarían hacer fructificar. Pero esta utopía, tan vieja como el propio capitalismo, se funda en objetivos y necesidades económicas y políticas reales. En primer lugar se trata de destruir los sistemas de protec-

ción colectiva que han sido impuestos al capital y que representan un costo insoportable para este. En todos los países donde existen el ahorro salarial o los fondos de pensión, estos son utilizados para debilitar y destruir los sistemas de protección colectivos, financiados a través de una cotización social, como en Francia, o a través de impuestos. Este cuestionamiento no es más que una etapa en la «gran transformación» que quiere realizar el capital. El objetivo último es el de dismantelar las solidaridades colectivas que fueron construídas por los asalariados en el curso de la historia oponiendo a aquellos que serán beneficiados con los planes de ahorro a aquellos, los más numerosos, sometidos a la precariedad del empleo y a la generosidad pública (o privada) disfrazada de protección social.

Transformados en dependientes en función de la «privatización» de sus jubilaciones a través de los fondos de pensión y de las *performances* de los mercados financieros, los antiguos asalariados quedan prisioneros del capital, es decir de aquellos que extraen la plusvalía de los trabajadores activos. A esta escisión se agrega otra entre el Norte y el Sur. Los sistemas de jubilación por capitalización dependen también de la apropiación, a través de inversiones financieras y de las operaciones exitosas de especulación, de fracciones del valor creado en los países llamados «emergentes». Así la satisfacción de las exigencias de los fondos de pensión y del capital rentístico aumenta la brecha entre los asalariados de los Estados rentistas y las poblaciones del resto del planeta y acentúa los rasgos «neo-imperialistas» de la mundialización.

Creemos que aquellos que se vieran tentados en seguir este camino o bien que dejen la vía libre a esta solución no serían consecuentes con la perspectiva «antimundialista».

■ Notas

1 Marx, *Fondements de la critique de l'économie politique*, Editions Anthropos, vol I, página 98, final del anteuúltimo párrafo de la edición francesa.

2 Ver el folleto publicado por la Coordinadora por el control ciudadano de la OMC sobre el AGCS, *Alerte générale pour la capture des services publics*, abril del 2000.

3 Marx, *Le Capital*, volumen III, capítulo XLVIII.

